

ORTEGA Y LAS MUJERES. DICHS Y HECHOS

Mairena Fernández Escalante*

En España “no se piensa desde los 18 años mas que en hacerse un colchón donde dormir lo más tranquilamente posible y casarse con una mujer muy ordenadita para que no gaste mucho y muy beata y muy ignorante y muy Doña Nada para no tener que inquietarse demasiado respecto a su fidelidad”

José Ortega y Gasset.¹

INTRODUCCION

Diversas han sido las opiniones vertidas en relación con el punto de vista adoptado por Ortega y Gasset² sobre las mujeres en sus textos. La flexibilidad del tema de análisis ha permitido su abordaje desde distintas disciplinas. En ocasiones aparece el pensador bajo el aura del rechazo debido a sus reflexiones y no pocas veces por lo provocativo de su lenguaje. Pensamos que una nueva lectura de sus escritos en comparación con los hechos que sus biógrafos nos relatan, así como la de algunos autores que han tratado el tema podrá ayudarnos a conocer los fundamentos sobre los que se sustentan.

Animadas con esta intención hemos profundizado con mirada antropológica en pasajes de la obra de Ortega ya que como dice M. A. Durán “este tema es recurrente en la obra de Ortega y la exposición de sus ideas presenta cierta dificultad no solo porque varían a lo largo del tiempo (sobre todo en el modo de expresarlo que es en su juventud más literario y florido) como porque lo hace de un modo relativamente disperso sin detenerse en ningún texto a resumirlo y sistematizarlo³, así como en algunos de sus comportamientos y relaciones a fin de articular el nivel ideal o lo que dice⁴, con lo que hizo o nivel real de interacción con las mujeres que le conocieron y las que con él colaboraron a lo largo de su trayectoria vital⁵.

*Colaboradora honorífica en el Departamento de Sociología V, Teoría Sociológica de la Facultad de CC. Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Profesora tutora de la UNED. Miembro de la ACMS.

EL METODO DE LAS GENERACIONES

Mediante el uso del método que él mismo propusiera y utilizara, el análisis histórico de las generaciones junto con el comparativo, aplicados al estudio de tres momentos biográfico-históricos, entraremos en sus puntos de vista y en su perspectiva sobre lo que consideraba necesario en el proceso del conocer.

Sobre dicho método, nos dice Sanmartín "... tanto éste como otras de sus propuestas son perfectamente aplicables para el ejercicio de una Antropología Interpretativa. Sabe que a la historia o a la etnografía, 'no le basta hallarse ahí para que rezume: hay que exprimirla'"⁶ .

Consiste éste en analizar comparativamente algunos de sus escritos a lo largo del periodo de tiempo que transcurre entre 1.915, en que tras su regreso de Alemania y en situación estable como catedrático de metafísica, es ya un hombre casado que ha mantenido una frecuente correspondencia con Rosa, su esposa, en cuyas cartas encontramos una muestra clara de su actitud para con el género femenino. Como filósofo y antropólogo ha dado en esas fechas sus primeros frutos en "Meditaciones del Quijote" donde perfila su teoría de la vida como la realidad radical, aquella en la que incardinadas se nos presentan el resto de las cosas de nuestra circunstancia, una teoría que será el núcleo central de todo su pensamiento. Cerraremos la horquilla temporal en 1.945 año en el que acaba, junto con el ciclo de 30 años que constituyen para él una generación, su exilio fuera de España.

Recordaremos que el método de las generaciones aparecía ante los ojos de Ortega como una vía fructífera para el estudio de la historia y las biografías. Fue expuesto por el autor de forma asistemática en numerosas ocasiones⁷ en las que ofrece distintas definiciones tales como "una generación es un modo integral de existencia o, si se quiere, una moda que se fija indeleble sobre el individuo"⁸ . El concepto presenta similitud con el formulado muchos años después por Bourdieu bajo la denominación de "hábitus" que como recordamos aparece como principio estructurante y estructurador de las relaciones, los valores y las vidas.

Considera el autor que una generación es un grupo de personas que vive sus años determinantes en un periodo de tiempo de 30 años⁹ , que irían desde los 30 a los 60 de la vida de cada uno. Dichos años presentan una división en su mitad que marca dos momentos y formas diferentes de vivir y proyectarse. Durante los primeros quince años, la generación hace la propagación de sus ideas, preferencias y gustos, se gesta como generación. Cuando estas ideas o formas de organización han logrado "vigencia", empiezan a actuar y dominan, gestionan, esa segunda parte como valores o cristalizaciones, como "vigencias" que conducen a la sociedad.

La nueva generación educada durante ese segundo periodo, empieza a propagar sus propias ideas, muchas veces contrarias a las de sus mayores. Estas nuevas ideas van sustituyendo, modificando o subsumiendo las anteriores y cuando son extremistas, pueden considerarse revolucionarias. Se da la paradoja de que la generación siguiente, suele contradecir y aparecer ante las viejas ideas, ya creencias, como "antiextremista y

antirrevolucionaria, es decir, de alma sustancialmente restauradora”. Conviene matizar que esta idea de restauración no debe entenderse como un retorno al pasado tal como éste fue, cosa que nunca sucede, sino que al parecer muestra un afán por recuperar, de entre lo perdido, aquello que considera más valioso.

La propuesta orteguiana del estudio de las generaciones es extremadamente complicada. Tanto él como su discípulo Julián Marías facilitan incluso una serie de fechas que consideran claves en los cambios generacionales influyentes en la historia. Sin embargo ésta nos muestra que una generación y las transformaciones que proporciona raramente dura 30 años, sino más. Debemos pues precisar que es en la España de los años veinte el momento histórico social en que la propuesta se produce y pensar en aspectos tales como, la esperanza de vida existente en el momento, la consideración cultural de las edades y a que años se daban los cambios vitales importantes¹⁰.

No olvidemos que Ortega es un pensador circunstancial, es decir, para el que el “circón estancia” o mundo que nos rodea da la pauta en la vida a la vez que durante ella lo cambiamos. “Ortega destaca la necesidad de verdad la necesidad de que la vida tenga sentido: “la vida como enfrente con la circunstancia es ‘inquietud’. ‘oscuridad’, ‘tiniebla’, ‘problematismo’, ‘preocupación’, ‘inseguridad’. Por lo mismo la vida necesita ‘claridad’, ‘seguridad’, ‘poseerse a sí misma’. “Pues bien... toda labor de cultura es una interpretación, —esclarecimiento, explicación o exégesis— de la vida”¹¹

El método de las generaciones no siempre es ágil y certero, sin embargo, combinado con el comparativo nos permite saltar desde su forma de ver el papel de las mujeres en la vida y la historia hacia 1.915, a la que tenía hacia 1.930, fecha en que se da un cambio extraordinario en la historia del siglo XX y del mismo modo podremos ver lo que pensaba y hacia en torno a 1.945, año determinante de la historia mundial. Pese a que como método ha sido menos utilizado estamos con Aranguren en que es “muy importante como búsqueda de una estructura o armazón por debajo del acontecer superficial”¹².

Centrándonos en esta posibilidad y adoptando lo que podríamos llamar una licencia poética con las fechas dadas por el autor para las generaciones históricas, usaremos la fragmentación de los años que van desde 1.915 hasta 1.945 en tres periodos cuyo centro estaría en 1.930, en que publicó “*La rebelión de las masas*”, en donde se concentra gran parte de su pensamiento social, político, y sobre todo cultural y antropológico. Al mismo tiempo en tanto que prólogo y epílogo revisaremos algunos escritos de sus años en Alemania y los últimos años españoles.

EL ROSTRO MARAVILLADO: OPTIMISMO GENERACIONAL PARA UNA NUEVA ESPAÑA

En los comienzos de siglo, el debate entre tradición y modernidad ocupó a los intelectuales europeos. Las fuerzas de la tradición en la España católica propugnaban un inmovilismo en cuyo seno se hallaban la Iglesia y el orden político

y social. El rechazo de la modernidad se convirtió en el rasgo característico, mientras que el casticismo invadía las artes y las letras. En el signo contrario los “modernos” iban introduciendo en la rancia España los últimos avances de las ciencias como; la revisión profunda de las ideas de espacio y tiempo a consecuencia de la teoría de Einstein; la variación en la concepción de la química; los cambios e introducciones en la de la lógica o en las matemáticas; la radical transformación y surgimiento de movimientos arquitectónicos, literarios y pictóricos, de la música, etc. En definitiva, cuestionaban la cultura. En la dialéctica tradición / modernidad la generación de nuestro autor creyó representar el papel de líder.

Vemos en lo que Ortega escribe en el periodo que denominaremos pre-inicial a la etapa que analizamos un espíritu crítico con la Circunstancia que le rodea y que se propone superar. Podemos leer, “si en España fuera la vida menos parduzca, menos severa y dolorosa, más sincera y ágil, en una palabra, más vida”...¹³

La generación anterior, los noventayochistas le han legado una situación socio cultural que le agobia. No pierde ocasión de manifestar su disgusto y lo encontramos en el artículo que escribió comentando la “Sonata de Estío”, en donde ya esboza las ideas que luego desarrollaría sobre el amor¹⁴ y entra de lleno en una de las cuestiones que considera importantes para que la situación cambie en las relaciones amorosas. Podemos leer: “por esas páginas, los amores y los odios carnales andan sueltos, toman bellas posturas y fácilmente logran su empeño (...) es muy de admirar no ver sino amores magníficos en este país de las tristezas (...) sólo así se entiende, se comprende que hable el señor Valle Inclán de lo que habla en unos tiempos tan anémicos y reglamentarios que ni aún alientos quedan para los grandes vicios y los crímenes grandes.”¹⁵

Como hombre joven muestra un claro pesimismo frente al legado aprisionador de pasiones y libertades en que debe moverse, sin embargo y con visión práctica que ahoga el nivel ideal considera “a esa moral enemiga de todo atrevimiento que va empapando los corazones humanos, esa triste moral inglesa, un poco sensiblera, tal vez, pero útil para los usos de la vida y la marcha tranquila de la república”¹⁶.

La secularización de la vida a que ayudaron las visiones evolucionistas de la cultura hizo que poco a poco decayeran las analogías religiosas y fueran siendo sustituidas por las biológicas. Ortega en los primeros años, quizás por influencia de Spengler, utilizó algunas metáforas de paso del día a saber: niñez asimilada a las horas de la mañana, juventud al medio día, madurez en el crepúsculo y vejez en la noche oscura, metáforas que posteriormente fue sustituyendo por una visión más compleja de la historia y la cultura. Aplicando la metáfora de la regeneración primaveral que la España del siglo XX necesitaba, asoció con su propia juventud y generación dicha tarea, creyendo que estaba llamada a liderar el “apogeo” de la cultura española¹⁷.

Durante esos primeros años, junto a sus propias acciones, esperaba el apoyo de las mujeres para llevar a cabo la necesaria ruptura de los esquemas en que la vida española se instalaba, “(...) he pensado que en España no se podrá hacer vida

noble e intensa mientras las mujeres españolas no tengan el valor de ir por todas partes con el “rostro maravillado”¹⁸. Consideraba que las mujeres dentro de la decadencia que se vivía se habían conservado sanas y receptoras de la herencia de civilización y cultura debido a que “en su cabeza, que por dentro debe de ser de nácar o algo así, irisado, luminoso, exquisito, pero duro, por fortuna no ha podido anidar el ave oscura del criticismo”¹⁹, y estaba convencido de que debían ser ellas las que actuaran impulsadas por la capacidad que poseen para romper las trabas sociales, dando el salto que posibilitaría el cambio, tal como había hecho en Francia Mathieu de Noailles ²⁰.

Sin embargo, el canto de alabanza que rebosa hacia la capacidad de las mujeres y la esperanza de superación que pone en ellas no abarca a todas en la ocupación del espacio público ya que vemos en las últimas líneas un giro curioso y contradictorio. Convertido en Maestro o en General que arenga a su ejército a fin de que llene de alegría sus hogares para que cuando los hombres vuelvan a ellos no encuentren eriales, dice “(...)por eso ahora, mujeres, debéis cosechar los haces de anhelos en una existencia más libre, más alta, más intensa (...), desgranada bajo las estrellas cuentos prodigiosos, sin miedo, sin hipocresías, con decisión de conquistadoras. Una tilde de imprudencia sazona la vida. En España somos prudentes en exceso y así tan tristemente nos va”. Cosechar libertad sí, pero, como diría Lenin, para qué si debían seguir en sus hogares como almohadilla de sus padres, esposos o hermanos.

Aunque luchando entre contradicciones, vemos en el joven Ortega un esfuerzo por la renovación de los usos y costumbres, cosa que será una constante a lo largo de su vida. Como miembro de la generación que debía liderar el cambio cultural toma la bandera y la expresa en sus escritos, cuestión que evoca las palabras de María Zambrano, “cada época, y dentro de ella cada generación, tiene su marcha, su ritmo que arrastra, y uno va a donde sea, porque el caso es marchar juntos, marchar con, hasta la muerte” ²¹.

Pensar que apenas en 1905 la rígida moral española pudiera plantear la libertad de sentimientos sobre todo en las mujeres y la aceptación social de la expresión de los mismos, era un rasgo de indudable atrevimiento, de ahí que la reflexión sobre la conveniencia, la moral de la utilidad, le conduzca a la aceptación reflexiva y al cumplimiento en el plano de los hechos. Prueba de ello tenemos en lo que sus biógrafos nos relatan sobre sus relaciones personales y en lo que podemos ver a través de las cartas que desde Alemania escribiera a su novia y en las que se muestra amigo, maestro, novio enamorado, alumno, compañero intelectual, mitad de un todo. En esas fechas, el Ortega pensador describiría tres grandes componentes del amor: a) un conjunto de condiciones de percepción con las que ver la persona que va a ser amada, b) otro de emociones que posibiliten la respuesta sentimental a esa visión de lo amable y c) uno más de índole constitutivo que ya pertenece al plano del ser ²². De ahí que creamos que la postura intelectual desde la que se relacionaba con Rosa es significativa si pensamos en la tónica general de la época que atribuía a las mujeres como únicos intereses posibles los relativos a la religión, el hogar, la moda o las amistades.

Nos preguntamos ¿Existían en la España del momento condiciones materiales que hicieran posible la definición del “rostro maravillado?”». Parece que el autor era consciente de estos rasgos necesarios para que el cambio se produjera por lo que pensamos que muestra cierta contradicción ya que no pasa del plano de lo ideal, de lo escrito. ¿Necesitaban las mujeres que se las dirigiera y que el director fuera un varón?. ¿Dónde quedaba la libertad para tomar sus decisiones? La historia de los movimientos de mujeres nos enseña como las españolas estaban organizándose, desde luego sólo una minoría, pero se impulsaban. No obstante y pese a su actitud paternalista, la visión que Ortega nos ofrece en esos iniciales años sobre el papel de las mujeres de su generación es casi tan protagonista como el de los hombres.

Como si quisiera formar un gran grupo a lo largo de su obra va depositando en las mujeres, la juventud y los pueblos jóvenes, la tarea de renovar la decadente cultura que vive. Equipara en capacidad de acción a estos tres grupos humanos situándose además en la interacción masa-minoría como miembro de la elite.

En marzo de 1905 y desde Leipzig, escribe a Rosa, todavía su novia, una carta en la que lo primero que observamos es la sorpresa que le produce la forma en que las mujeres alemanas se comportan con respecto al modo de actuar de las españolas. “Allí vi unas señoritas guapas que por cierto tenían un aire madrileño terrible. Sólo que aquí las señoritas van y vienen como los hombres, con la mima soltura y decisión”²³. Asimismo empieza a sentir admiración por el nivel cultural general que vive Alemania. Le sorprende poderosamente la altura a la que las mujeres han llegado, sin embargo como hemos visto no acaba de encajar en el carácter alemán, ni en el clima, ni en la forma de vida. Su españolismo le impulsa hacia España. “... estamos tú y yo nena mía, en muy difícil situación: odiamos el calor y amamos el claro padre Sol. Sin sol nos volveríamos alemanes, cosa horrible; y con calor acabaríamos por ser españoles, cosa terrible. Yo no veo otro arreglo que en invierno seamos castellanos y en verano sajones o escandinavos, en primavera griegos y en otoño italianos”²⁴.

A lo largo de los dos años siguientes escribe a la novia una sucesión de cartas en las que, junto a sentimientos amorosos que evidencian a un hombre ansioso, añorante, enamorado sin duda²⁵ se nos presenta igualmente el maestro en algunas cosas y el discípulo en otras. Poco a poco va desgranando la observación etnográfica de las relaciones entre hombres y mujeres en la Alemania de principios de siglo en comparación con la España de la misma época: “¡qué tristeza pensar luego en España! Ahí con la invención última de que hay que ser prácticos nadie es capaz de otra cosa que de agarrarse por oposiciones, por carrera, como sea, al presupuesto. Dicen los señores mayores que nos ha matado el ser tan Quijotes: ¡mentira, villanos, cobardes! Lo que nos ha matado es que ellos y sus padres y los padres de sus padres han sido más Sanchos que Sancho Panza”²⁶.

Va describiendo impresiones de índole concreta y general con frases como la siguiente: “es una buena mujer silesiana, gorda y con tipo de patrona española”, me ha dicho ¡qué pálido está usted!. Yo con gran melancolía y como si hablara con

un literato francés le he dicho: “señora, gracias: yo no estoy malo. Soy pálido como lo son muchos hombres de mi patria porque no bebemos cerveza y de cuando en cuando nos dejamos morir de amor, la patrona se ha reído porque es mujer de letras- Aquí hasta los barrenderos saben cosas que ahí ignoran los ministros”²⁷.

En otra carta de 1905 reflexionando sobre el reciente fallecimiento de una amiga de Rosa podemos leer las dos alternativas por las que habrían de optar las mujeres: “(...)si su ánimo es noble, clarividente y fino: o sentir su piel crispada al roce con el resto de los humanos y procurar huir de la vida (deseando la muerte, entrando en un convento, haciendo una triste vida de soledad) o sentir eso mismo pero decidir imponerse a los demás, formarse una robustísima personalidad y ser la que obliga a cuantos la rodean a sentir de tal o cual modo (...) tú eres hasta ahora un término medio pero deseas, con verdadera energía, algunas veces llegar a ser lo segundo. Creo que entre ambas cosas no es dudosa la elección”²⁸.

Del mismo modo que él está formándose en sus estudios anima desde lejos a su novia a que haga algo semejante con la misma idea que a él le impulsa “nena, trabaja, gana en voluntad, piensa y precisa tus deberes y tus sueños de esperanzas y tus melancolías. No dejes dentro de ti ninguna idea, ningún sentimiento, ningún estado de espíritu en vaguedad e indecisión”²⁹.

Meses más tarde, en septiembre de 1905, sus cartas ha ido adquiriendo un tono más reflexivo y filosófico, en ellas aparecen esbozos de lo que después nos dirá en su obra sobre el enamoramiento, “te agradezco la ceguera: con todo el oro del mundo hecho lingotes y con todas las satisfacciones de la vanidad no se compra esa aventura de tener al lado un ser ciego por el cariño. Es decir, yo... yo supongo que tú me quieres hasta el punto de la ceguera (...) abre, pues, nena mía, y date cuenta de una vez para siempre de mis defectos los cuales son tantos que me producen una indomitable antipatía hacia mí mismo”³⁰, una situación que afecta tanto a hombres como a mujeres aunque afirmase posteriormente que no se enamora “cualquiera ni de cualquiera se enamora el capaz”.

En *El hombre y la gente* dice, “lo que llamamos mujer no es un producto de la naturaleza sino una invención de la historia como lo es el arte”. Desde este punto de vista y partiendo de que en la interacción entre mi Yo y el Otro como reciprocidad, ajenidad, se forman la personalidad y el rol social a través de la oferta y devolución de imágenes de aceptación y rechazo, nos hallamos en un análisis cultural de creación de figuras y personalidades diferentes. Ortega considera que como creación histórica, cultural (de ahí que refute los análisis sobre las mujeres en términos biologicistas) la figura denominada mujer aparece como intrínsecamente débil, de una debilidad sobre la que se fundamenta su propia felicidad al haberla situado como sustentadora del ego masculino. En dicho sentido nos dice: “el mayor admirador de nuestras dotes que tengamos no nos corrobora y confirma como la mujer que se enamora de nosotros. Y ello porque, en verdad, sólo la mujer sabe y puede amar –es decir, desaparecer en el otro”³¹.

Rosa le habla de lo que hace, de sus visitas a la iglesia en compañía de la madre del novio, de sus conversaciones con ella y sus amigas, de sus dificultades con los estudios. Con Rosa perfecciona José su francés que como ya sabemos fue lengua que nunca se le dio bien y estimaba poco. De sí mismo diría “mira, tonta, me pongo tonto y no quiero parecértelo (...) corrige mi francés: sé mi maestra. Ya sabes que yo no lo he aprendido nunca. ¿Quieres enseñármelo?”

Paralelamente, nos muestra su anticlericalismo y su visión sobre la creencia religiosa. Considera que la influencia del clero, del catolicismo, es en gran parte causante de la mojigatería y enclaustramiento de las mujeres españolas. Culpabiliza a la religión, al clero, a la beatería, de la situación de atraso intelectual y espiritual en que se encuentra la España que le toca vivir. En una carta dirá “Si hablo siempre con tanto enojo del catolicismo es porque representa para mí, en primer lugar, la absoluta contradicción de cuanto yo llamo cultura, humanidad, virtud, y en segundo, porque él y acaso nada más ha sido el esquilador de nuestra raza (...) nuestro desmedramiento ha sido en energías espirituales de toda suerte, ha sido el achabacanamiento, la falta de independencia intelectual; este es el núcleo de nuestra desdicha. ¿Y quién tiene la culpa? Yo no veo otra persona a quien echársela como no sea al catolicismo, el dogmatismo feroz de nuestra religión... claro que sobre todo esto se halla tu inquebrantable voluntad para pensar como quieras y creer como quieras”³². Y ciertamente no se equivocaba si siguiendo a Sanmartín vemos que “no hay vida sin últimas certidumbres (...) se vive siempre desde ciertas creencias. Mas propiamente que en la Tierra donde el hombre está es en sus creencias”.

En torno a 1911 y en el análisis del cuadro de la “Monalisa” observamos una especie de rebeldía ante el protagonismo o influencia que las mujeres hayan podido ejercer en el pasado, pese a que en otros textos considere la existencia histórica de algunas etapas de dominio femenino y otras de dominio masculino. Nos parece que buscarse la excusa de relegar al papel de la Musa, la inspiradora del genio a partir del análisis etimológico de la palabra le lleva a negar no sólo el papel de la mujer como complemento del artista, como elemento de superación de las dificultades, sino que entra en un esquema de soledad en la labor creativa que roza lo irreal. ¿Qué le pasaba al Ortega de 1.911 que no quiere reconocer el papel importante de las mujeres, ni siquiera en el arte como objeto o en el pasado como sujeto de algunas, aunque pocas acciones e influencias?.

También en esa época parece estar superando el racionalismo moderno en que se había enculturado y educado, de todos modos no lo hará definitivamente hasta 1929 en sus reflexiones en torno a Kant, y que según algunos autores pudieron haber influido en la obra de Heidegger *Ser y tiempo*. ¿Le inquieta aceptar el sentimiento como filtro en la elaboración de la reflexión?. Sin la percepción a través de los sentidos, sin una segunda etapa de aceptación o rechazo a través de las emociones, no se rebasa el nivel de la percepción, de lo puramente subjetivo para ir a lo objetivo. En 1.913 el racionalismo de la modernidad niega la sensibilidad como algo positivo, es más lo considera incuestionable, y aún quedan muchos

hombres que también piensan así. Vemos en el Ortega racional a un hombre de 30 años que no acaba de aceptar la influencia que las mujeres están teniendo en la vida y el desarrollo cultural. Es chocante porque parece moverse entre un querer y no querer. ¿Dónde está el que antes esperaba de las mujeres que tomasen un protagonismo libertador?

NUEVOS ROSTROS EN LA ESCENA: MANTENER O SUPERAR EL STATUS QUO

Los años veinte y comienzos de los treinta significaron un profundo cambio cultural y social en la vida española³³. Junto a las últimas bocanadas por el mantenimiento de una monarquía que quemaba sus naves bajo la forma de una dictadura a cuya caída contribuyó enormemente la segunda cuestión estudiantil, coexistió un fluir de corrientes renovadoras que encontraron su puerta de entrada en los intelectuales y artistas. Madrid y sobre todo Barcelona abrazaron las nuevas tendencias en arte, literatura, arquitectura, y en la introducción del pensamiento filosófico y social que se desarrollaba en las universidades alemanas, inglesas y francesas. Una fuerte politización invadió la vida de los últimos veinte; los movimientos sociales encontraron buen lugar en la Segunda República. Dentro de ellos se enmarca el movimiento de mujeres que si bien fue poco relevante en comparación con el americano y los europeos no por ello dejó de llegar al Congreso. El debate entre Clara Campoamor y Victoria Kent consiguió el derecho al sufragio para las mujeres pese al voto en contra de Indalecio Prieto.

En la Revista de Occidente encuentran traducción las obras de Simmel criticadas por Rosa Chacel una mujer ni pro ni antifeminista, según Raquel Osborne, una mujer liberal que defiende la integración de la mujer a través de la cultura. Criticó en Simmel que pese a atribuir la diferencia entre los sexos a la situación de mayor poder que el varón detenta en su análisis acaba dejando de nuevo a cada uno en el lugar que ocupa socialmente. Para Rosa Chacel el conocimiento, la inteligencia y la cultura eran los factores a través de los que se igualarían ambos sexos. Si recordamos al Ortega de *Misión de la Universidad* vemos la coincidencia de opiniones ya que la extensión de la educación aparece como la mejor vía.

Junto a la escritora Rosa Chacel y a la diputada Clara Campoamor, escritora destacada de la que en las actas del Congreso de los Diputados podemos leer: *“He de decir con toda la cordialidad necesaria, con toda la consideración necesaria que no están apoyándose en la realidad, tomemos al azar algunas: cuando las mujeres se han levantado para protestar de la guerra de Marruecos, primero: ¿y por qué no los hombres? Segundo, ¿quién protestó y se levantó en Zaragoza cuando la guerra de Cuba más que las mujeres? (...) ¡las mujeres! cómo puede decirse que cuando las mujeres den señales de vida por la República se les concederá como premio el derecho a votar?”*³⁴, tenemos conocimiento de la amistad y el gran valor que asignaba a María de Maeztu, Directora de la ‘Residencia

de Señoritas' lugar en el que suponemos estarían no pocas de las alumnas de la Escuela Normal de Magisterio.

Vemos también a María Zambrano, su alumna predilecta, quien en su libro *Delirio y destino* nos dice como era y como se veía a Ortega en el momento por la forma en que se había comportado ante la Dictadura de Primo de Rivera, de la que creyó que cambiaría la anémica situación universitaria para entrar después en una gran decepción ante su comportamiento: “*había permanecido en su puesto sin dar grandes señales hasta el momento de inquietud ante el fenómeno de la dictadura, como quien está absorbido en su tarea. Su pensamiento llegaba a la madurez y había publicado en el 27 “La rebelión de las masas”, primeramente en folletos en el periódico ‘El Sol’ (...) era una alegría, un regalo para sus lectores (...) leerle daba ganas de vivir (...) Yo había tenido la fortuna de ser su discípula /pero/ no hacía falta estudiar filosofía para leerle”*³⁵.

Una de las mujeres a quien Ortega trató más fue a la Argentina Victoria Ocampo. Algunos de sus comentaristas consideran que entre el polígrafo y Victoria Ocampo se produjo una relación que traspasó los límites de la amistad siendo sabido “*el nulo éxito de sus pretensiones así como su mal perder”*³⁶. Para otros se produjo una relación intelectual de profunda amistad en la que Ortega representó un papel influyente en la tarea de ésta como introductora en su país de la cultura del viejo continente y en la conversión de ésta a la escritura en la lengua española, ya que antes lo hacía en francés. J.L. Borges dijo de ella que “*en una época en que las mujeres eran genéricas tuvo el valor de ser un individuo. Vivió con valentía y decoro su propia vida”*.

En cualquier caso lo que sí es cierto es que entre Victoria Ocampo, mujer feminista que luchó por la consecución del voto para la mujer en su país, mujer de gran inteligencia y cultura que fundó la Revista *Sur* y más tarde la editorial, siguiendo el consejo cordial del *polígrafo* Ortega, se produjo una corriente de trabajo intelectual y cultural, intercambio fecundo entre la Argentina y la España de su tiempo. Ella fue la creadora de un espacio de cultura anterior a la fundación de la “Academia Argentina de Letras” en la que más tarde ingresó. En ese espacio, la presencia española se dio a través de las conferencias y la obra de Ortega, del mismo modo que en la España de los años treinta se conoció la cultura de su país a través de esta mujer criolla profundamente admirada por las mujeres de su tiempo y aún del nuestro por su valor al atreverse a ser lo único que no se perdonaba en una época en que casi se perdonaba todo: independiente.

La posibilidad de pérdida del status quo establecido generó verdadero miedo entre los intelectuales españoles, miedo que quizás explique la visión negativa que alguno de los escritos de esa época muestran sobre la independencia de las mujeres. Este miedo quizás se contradice en la realidad que se vivía en lugares elitistas³⁷ dado que precisamente fue la editorial y la revista de Ortega y Gasset los lugares en donde más se trató el tema. De todos modos el salto entre el nivel ideal y la realidad que se aproximaba parecía demasiado grande para que la fuerte creencia social que el patriarcado proporcionaba no ofreciera resistencia.

CAÍDA DEL TELÓN: SÍNTESIS

El fin de la segunda guerra mundial significó el fin de una época y el comienzo de una nueva, la decadencia del protagonismo de la cultura y forma de vida europeas y el comienzo de la importación de formas de vida y cultura estadounidenses. Los años cuarenta tanto en España por haber salido de una guerra en la que habían fallecido más de un millón de personas, especialmente hombres, como en Europa que había perdido más de 10 millones, vieron las calles llenas de mujeres. Era el espacio de lo público, del trabajo remunerado, de la incipiente independencia de la mujer, de unas relaciones entre hombres y mujeres más cómodas y fluidas en las que la palabra igualdad, no las condiciones para que se diera, aparecía constante. Leemos en Ortega, *“En un tiempo como el nuestro en que, si bien menguante, sufrimos la tiranía del mito “igualdad”, en que donde quiera encontramos la manía de creer que las cosas son mejores cuando son iguales (...); algunos “filósofos” actuales invitan a la mujer para que dibuje su “ser en el porvenir” dejando de ser lo que hasta ahora ha sido, a saber, mujer, y todo ello en nombre de la libertad.”*³⁸. Son esos años los mismos en los que el exilio europeo y americano de Ortega terminan. Para Garagorri, biógrafo de nuestro autor, tanto como para Gray, el Ortega posterior a 1939 pasa a ser un profesional de la filosofía que de forma mesurada y prolífica sintetiza su pensamiento.

Por otro lado, convertido en incansable conferenciante importa y exporta de nuevo movimientos culturales sin demasiado éxito ante la cerrazón del nuevo régimen político. Su negativa a aceptar tanto la pensión como la cátedra de filosofía que le ofreció el nuevo gobierno, son una prueba más de su liberalismo y su independencia. La creación del Instituto de Humanidades junto a su discípulo Julián Marías, la fructífera relación con su discípula María Zambrano y la oferta de una teoría de la subjetividad y la vida como realidad radical en la que se incardinan todos los seres nos parecen su mejor legado.

Al hilo de la reflexión sobre el peso del pasado personal y social se trasluce su punto de vista en los años 40 (casi los 60 de su vida) hablando nuevamente a través de la metáfora de Lindoro, sobre el enamoramiento³⁹. En su reflexión late la idea de demasiados enamoramientos en una vida traen demasiadas decepciones, también la necesidad de una fidelidad al *“sí mismo”* ante el temor de la pérdida del propio ser en el enamoramiento que parecer rechazar ya en la edad madura. Sin embargo, lo más representativo de esta introducción es la idea de individualidad que manifiesta. Una persona, un yo auténtico, es un sí mismo, no un algo de alguien.

Según Raquel Osborne⁴⁰ las definiciones esencialistas llevan a una adscripción ontológica diferente para cada género, adscripción que se amplía en lo social concretándose en situaciones sociales. Ella sostiene que son esencialistas las descripciones hechas tanto por Simmel como por Ortega con respecto a las mujeres, *“las definiciones ontológicas de los sexos permiten utilizar un tono suave y delicado, caballeroso, diríamos porque en realidad se trata de una forma indirecta*

de decir a las mujeres lo que deben hacer y cuál es para ellas el modelo a seguir, si bien ello se dice, más que como una abierta prescripción bajo la más directa forma de una descripción ontológica: 'esto es lo que vais a hacer porque así sois' ⁴¹, sin embargo para Ortega el hombre es historia, hace la historia.

Diferimos de tales interpretaciones ya que el Ortega de *Comentarios al Banquete de Platón* (1946) aborda, del mismo modo que en *El origen y epílogo de la filosofía* (1944), las relaciones entre el ser y la historia. La filosofía antigua identificaba al ser con las cosas, los modernos racionalistas lo hacían con la subjetividad, que como recordaremos es el núcleo de la división que asimila el hombre a la cultura y la mujer con la naturaleza. En Ortega el ser es la vida y ésta se hace en la historia, hace la historia, la vida aparece como la realidad radical en la que se incardinan todas las demás realidades los seres humanos y la historia. La vida nos dice *es un drama*, un proyecto en realización y la historia se hace a través de las vidas, en su transcurrir a lo largo de los tiempos. Cada momento histórico va tomando formas diferentes según lo van haciendo los diferentes sujetos. El ser aparece ante Ortega como la esencia de la historia. Si consideramos que en castellano la distinción entre ser y estar implica un hacer, debemos pues concluir que asignando el ser a las mujeres no las está excluyendo de hacer de la historia sino que las está introduciendo directamente en la categoría genérica de humanidad aunque en general utilice innumerables veces más el sustantivo hombre, cosa que no debe sorprendernos si pensamos en su purismo ante el lenguaje y su formación greco-latina.

Ortega en su pensamiento en el nivel ideal atribuye la realización de la historia tanto a los hombres como a las mujeres. Tomar los textos parcialmente, separar los argumentos, abandonar el encadenamiento subyacente en los dichos nos puede llevar a confusiones y a no ver más que lo superficial de lo cotidiano. En la distinción que venimos haciendo entre el nivel ideal y el nivel real, entre el pensamiento y la acción, Ortega atribuye la realización de la historia tanto a hombres como a mujeres, sin embargo, el peso de la cultura, las creencias en las que ha sido socializado van introduciendo en sus comportamientos, a pesar de la refutación que de muchos de los motivos va haciendo, un modelo de conducta patriarcal. Intenta no sin vacilaciones superar tal evidencia con la introducción en su equipo y sus amistades de mujeres relevantes intelectualmente sin dejar de dar peso a las dinámicas colectivas: “como siempre que se habla de muchedumbres, de masas, las extremas diferencias puramente individuales se contrarrestan y quedan dominando cierto tipo de conducta” ⁴².

No podemos considerar a la vista de sus escritos al autor que hay en Ortega un pensador contrario a la independencia y actividad en la vida pública por parte de las mujeres. Por el contrario, lo que existe en su visión de las relaciones hombres-mujeres es una idea de complementariedad estructurada a partir de concepciones dualistas de carácter sexual ⁴³, que en algunos momentos se amplía tanto en el plano de los dichos como en el de los hechos ⁴⁴ y en otros se restringe en el contexto de su propia interrogación: “¿qué caracteres primarios entrevemos

en cuanto la mujer nos es presente, que constituyen para nosotros su feminidad elemental y que producen ese paradójico de ser ellos quienes impregnan de feminidad su cuerpo?”⁴⁵. Sus respuestas indican que lo femenino culturalmente hablando se halla supeditado a las relaciones en lo humano, su ser cultural, formado con referencia al hombre.

Esta idea nos remite a los ámbitos de lo público en contraposición con lo privado, lo discontinuo del ser masculino con lo continuo del ser femenino, lo periférico y lo esencial. La dualidad que manifiesta se articula mediante la complementariedad. Dos seres complementarios con roles culturalmente asignados que sólo los seres extraordinarios pueden superar. Aparece en el trasfondo de esta concepción la influencia de pensadores como Nietzsche, de la vieja historia heroíco-castellana, y de la cultura grecolatina. Las ideas sobre el hombre se confunden con las del héroe: “el hombre tiende siempre más a lo extraordinario, por lo menos sueña con la aventura y el cambio, con situaciones tensas, difíciles, originales”⁴⁶. Con frases como ésta nos parece que sitúa al varón en el terreno de la fantasía. Lo desfavorable para las mujeres es que esa fantasía ha funcionado, ha adquirido carácter de racionalidad y status de realidad.

Para López Aranguren, Ortega muestra una contradicción entre el plano ideal y la realidad al comparar la idea orteguiana de “hombre como historia” y a la mujer como esencia referencial, encuentra el filósofo que nuestro autor sitúa a la mujer en una posición referencial de inferioridad. Sobre este principio fundamenta su afirmación del sexismo en Ortega de dos formas: una fuerte “declarada con apoyo en una franca afirmación de la superioridad del varón sobre la mujer; otra enmascarada finamente mediante la de que la mujer es portadora de valores, afectos, sensibilidad, ternura, delicadeza, intuición, para mantenerla confinada en lo privado, presa de la cotidianidad”⁴⁷. Por lo que antes hemos expuesto, no podemos aceptar la afirmación fuerte, ya que como vimos en “El hombre y la gente” el planteamiento se realiza a partir de un análisis de asignación de papeles culturales. En cuanto a la enmascarada no nos queda más remedio que pensar en la influencia que la socialización ejerce sobre las personas tal como los múltiples estudios antropológicos nos han demostrado: ¿cómo respondería un hombre o una mujer Arapesh si se la educara en nuestra cultura? ¿qué análisis esencialista habría realizar sobre un varón o una mujer *Mundugumor*?

CONCLUSIONES

El intento de articular las interacciones entre el autor y las mujeres siguiendo los principios del método generacional plantea más interrogaciones que respuestas. Quizá desde nuestras perspectivas las acciones de Ortega puedan calificarse de moderadas pero hemos de pensar sin embargo que fueron significativas en su momento dado el contexto generacional, político, social y económico, cultural en definitiva de la España de la primera mitad del siglo XX. Un contexto que ha ido cambiando al hilo de los tiempos afectando los usos y costumbres.

No podemos dejar de ver el carácter instrumental con el que quedan inscritas las mujeres en el proceso. Tampoco se nos oculta como se van dando nuevas pautas de comportamiento para la minoría de la que se espera lidere el cambio en lo que se refiere a las relaciones amorosas, sexuales, afectivas, de género, etc.

Los nuevos espacios de relaciones sociales donde se desarrollan las normas que regulan el noviazgo, el casamiento y la maternidad se ajustan a las normas establecidas para cada clase social

El conjunto de las relaciones de género es puesto en tela de juicio, por lo que pensamos que la aportación de José Ortega y Gasset como intelectual introducido entre los padres fundadores de la antropología trató cuestiones muy actuales en los estudios antropológicos.

Queremos concluir con unas palabras de Ricardo Sanmartín : "La obra de Ortega, en su conjunto, además pues de permitir un fundamento para las ciencias sociales y de ofrecer un actualizado programa de investigación, es una campanada en la conciencia, un despertador de nuestra adormecida sensibilidad, acunada entre fantásticos algodones de comodidad occidental que nos han hecho creer que ésa es nuestra naturaleza. Ortega nos recuerda que no tenemos tal naturaleza y que la historia está en nuestras manos"

NOTAS

¹ORTEGA Y GASSET, J., (1991): *Cartas de un joven español, 1891-1908*. Ediciones El Arquero. Madrid.

Cartas a su novia. 1.905-1.907. p. 312.

²José Ortega y Gasset nació en Madrid en 1.883 y murió en 1.955. A los 19 años empezó a publicar artículos periodísticos. De 1.905 a 1.908 viajó por primera vez a Alemania para completar su formación. Ya en España fue designado profesor de la Escuela superior de Magisterio, que se cerraría en 1932 y en donde se formaron como maestras muchas mujeres. Se casó con 27 años e inició lo que consideró su tarea de educación política de las nuevas generaciones. A los 45 años, publicó *La Rebelión de las masas*, obra por la que es más conocido. Entre 1.939 y 1.955 se produjo la síntesis de su pensamiento. Por lo que se refiere a su visión acerca de las mujeres y el papel que les corresponde en la vida social tenemos *Estudios sobre el amor* (1939) o *El hombre y la gente* (1948) a quienes podemos considerar como las fuentes más importantes de consulta, aunque sus opiniones fueran ya sugeridas y explicitadas en los artículos y cartas que usaremos. A Ortega se le considera filósofo más que sociólogo, aunque esta es la condición que comparte con la mayoría de los padres de la sociología y de la antropología.

³DURAN, M. A., “Ortega como pretexto”. En DURÁN, M. A.,(ed.), (1996): *Mujeres y hombres en la formación de la Teoría Sociológica*, CIS, pp. 207-231, p. 210.

⁴“Decir es expresarse en conceptos, y el concepto supone una actividad analítica, específicamente intelectual que pocos individuos han ejercitado”. “La elección en amor” en ORTEGA Y GASSET, J., (1985): *Estudios sobre el amor*, Salvat Editores S.A., Estella, p.100.

⁵ “El mutuo “contar” con la reciprocidad, es el primer hecho que nos permite calificarlo de social. Pero la reciprocidad de una acción, la inter-acción, sólo es posible porque el otro es como yo en ciertos caracteres generales: tiene un yo que es en él lo que mi yo es en mí(..). Conforme convivimos y somos la realidad ‘nosotros’ –yo y él, esto es, el Otro- nos vamos conociendo. Esto significa que el Otro (...) alguien capaz de reciprocarme y con cuya consciente respuesta tengo que contar se me va precisando y lo voy distinguiendo de los otros otros que conozco menos. Esta mayor intensidad de trato implica proximidad. Cuando esta proximidad de mutuo trato y conocimiento llega a una fuerte dosis la llamamos intimidad (...)a veces lo que me aparece no es otro que es hombre en el sentido de varón, sino otro que es otra, que es la mujer.” (OC VII pp.148, 152, 165, 167).

⁶ SANMARTIN, R., «En torno a Ortega y la gente. Ortega y la antropología cultural», en *REIS* núm., 82, 1.99, p. 91.

⁷ Plantea el concepto de generación en la conferencia “Vieja y nueva política”. Allí, llama a las nuevas generaciones a que tomen sobre sus espaldas el peso de la regeneración española, pero sería en 1.923 con “*El tema de nuestro tiempo*” en

donde profundizaría el concepto como mediador en las relaciones masa minoría y considerándolo el oportuno para el estudio de la historia.

⁸ Ver en op. cit., V, p. 39. También vuelve a ofrecer la misma definición en “*Por qué se vuelve a la Filosofía*”. op. cit., IV, p. 92.

⁹ Este periodo de tiempo y su fragmentación nos recuerdan a los ciclos vitales en que suele dividirse culturalmente el transcurso de la vida de las personas: Niñez, juventud, iniciación predominio y vejez. Ortega piensa que los quince años que van de los 30 a los 45 es el periodo de iniciación como influyente en el cambio social y los que van de los 45 a los 60, aquellos en los que sus ideas predominan, en los que se produce el periodo de tiempo “verdaderamente histórico”.

¹⁰ La España de Ramón Gómez de la Serna, la de Lorca y Dalí, aquella en la que Picasso casi no pudo vender sus obras, la de Maura, Lerroux y la agonizante monarquía de Alfonso XIII. La de los estudios sobre Folklore de Serra i Pagés y la de las sociedades etnológicas. La que no entró en la Guerra mundial, pero no por eso dejó de sentir los beneficios económicos que la contienda proporcionó a los países neutrales. La España de los Pliegos de cordel, de los conventos y sotanas dominando las relaciones sociales. La del analfabetismo casi generalizado, el tipismo de Arniches y las procesiones como vías de expresión cultural y relación popular. La España rural y tradicional que Ortega quería superar europeizándola, tanto como quería españolizar Europa.

¹¹ SANMARTIN, R., op. cit., p. 87.

¹² LOPEZ ARANGUREN, J.L., “La filosofía social de Ortega y Gasset”. En PINO ARTACHO, J. del. (dr.), (1987): *Ortega cien años después*. U.N.E.D., Centro Asociado de Málaga, Imprenta Universidad de Málaga, p. 17.

¹³ Op. cit., I p. 34.

¹⁴ El amor es un hecho poco frecuente y un sentimiento que sólo ciertas almas pueden llegar a sentir (...), un talento específico que algunos seres poseen (...). El divino suceso se origina cuando se dan ciertas rigurosas condiciones en el sujeto y en el objeto (...) tiene su fuente psíquica en las calidades del objeto amado (...) más aún amar es “creer” (sentir) que lo amado es, en efecto, amable por sí mismo (...), es pura “actividad” sentimental, es actuar hacia lo amado, un acto transitivo en que nos afanamos hacia lo que amamos (“Estudios sobre el amor”), pp. 21, 25, 53).

¹⁵ Op. cit., I, p. 20.

¹⁶ Op. cit., I, p. 36.

¹⁷ GRAY, R., (1994): *José Ortega y Gasset el imperativo de la modernidad. Una biografía humana e intelectual*, Espasa-Calpe, Madrid, p. 36.

¹⁸ Título del libro publicado por la Condesa Mathieu de Noailles, escritora francesa que según Ortega fue desplazando a sus compañeros varones aquejados de neurastenia y exceso de complicación, razón por la cual habían dejado de ser creadores.

¹⁹ Op. cit., I p. 35.

²⁰ Del mismo modo que cuando hablaba de Valle Inclán se apresta a hacer el retrato

y aún la etopeya nos ofrece un breve apunte sobre ella: “sólo sé de ella cuatro noticias y no es poco: que es mujer, que es joven, que es guapa y que es griega”.

²¹ ZAMBRANO, M., (1989): *Delirio y destino* (los veinte años de una española), Mondadori, Madrid, p. 123.

²² *Estudios sobre el amor*, p. 22.

²³ *Cartas...* Marzo de 1.905, p. 303.

²⁴ *Cartas...* Junio de 1.907. p. 56.

²⁵ Todo amor transita por la zona frenética del enamoramiento; pero en cambio, existe enamoramiento al cual no sigue auténtico amor. No confundamos pues la parte con el todo (*Estudios sobre el amor*, p. 77).

²⁶ *Cartas...* Marzo de 1.905.p. 312.

²⁷ *Cartas...* Marzo de 1.905.p. 308.

²⁸ *Cartas...* Septiembre 1.905. p. 390.

²⁹ *Cartas...* Marzo de 1.905.p. 315.

³⁰ El enamoramiento es un estado de miseria mental en el que la vida de nuestra conciencia se estrecha, empobrece y paraliza, (...) no se trata de un enriquecimiento de nuestra vida mental. Todo lo contrario. Hay una progresiva eliminación de las cosas que antes nos ocupaban. La conciencia se angosta y contiene sólo un objeto. (...) en igualdad de condiciones, la psique femenina está más cerca de un posible angostamiento que la masculina: por la sencilla razón de que la mujer tiene un alma más concéntrica, más reunida, más elástica. (...) por esta razón, el hombre se sabe siempre torpe en amor e inepto para la perfección que la mujer logra dar a ese sentimiento (*Estudios sobre el amor*, pp. 51, 57, 74, 75).

³¹ Op. cit., VII p.170.

³² *Cartas*, Junio de 1907, p. 567.

³³ “Durante el primer tercio del siglo XX y especialmente a partir de 1914, es sin duda el momento en el que por primera vez en la historia de España las mujeres se incorporan de forma masiva al trabajo remunerado, colaborando así al inexorable proceso de modernización de la economía. Su presencia en la esfera política coincide de forma paradójica con un contexto no democrático, la dictadura de Primo de Rivera, momento en que las mujeres participan en la política municipal y en la política nacional a partir de su presencia en la Asamblea Nacional Consultiva. Son los años en los que las mujeres obtienen cierta autonomía jurídica, especialmente con el esfuerzo legislador de la II República, y son también los años en que las mujeres participan en la enseñanza superior, en la creación de la ciencia, en la cultura y en profesiones hasta entonces vedadas” (Pilar Folguera *Mujer y cambio social*). En GOMEZ FERRER, G., (ed.), (1995): *Las relaciones de género*, Marcial Pons, Madrid, pp. 155-171).

³⁴ FAGOAGA, C. y SAAVEDRA, P., (1986): *Clara Campoamor. La sufragista española*, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, Madrid, pp.108-109 Intervención parlamentaria el 1 de octubre de 1931).

³⁵ ZAMBRANO, M., op. cit., pp. 87-88.

³⁶ MARCOS MARIN, F., «También criolla: Victoria Ocampo», *Insula*, 1992 (547-548): 8. Comentario al libro de María Esther Vázquez, (1991): Victoria Ocampo, Planeta, Barcelona.

³⁷ Es quizás la noción de elite la más criticada y menos comprendida de cuantas ha formulado Ortega. Cuando habla de minoría, se refiere a una característica moral que requiere auto esfuerzo, constancia, capacidad de lucha, pero que sin duda también requiere preparación. Ortega no adscribe estas condiciones a ninguna clase social, sin embargo no podemos dejar de pensar que dadas las condiciones socio económicas de la época y que con la educación, a la que no todas podían acceder, se lograban mas condiciones para ser minoría, tenemos que concluir que no era fácil para las mujeres menos acomodadas hallarse en esa minoría.

³⁸ Op. cit., VII, p. 168.

³⁹ ORTEGA Y GASSET, J., (1984): *Historia como sistema y otros ensayos filosóficos*, SARPE, Madrid,4 pp.71-95.

⁴⁰ OSBORNE, R., “Simmel y la cultura ‘femenina’ (las múltiples lecturas de unos viejos textos)”, REIS, 40/787, pp. 97-111.

⁴¹ OSBORNE, R., op. cit., p. 11

⁴² *Estudios sobre el amor*, p. 103.

⁴³ “La dualidad de los sexos trae consigo que hombres y mujeres estén constituidos por la referencia de los unos a los otros hasta el punto que, tanto en aquellos como en éstas, todo modo deficiente en vivir referido al otro sexo es lo que, en cada caso, reclama explicación y justificación” (op. cit., VII p. 169).

⁴⁴ “La comprensión de una época tiene límites y puntos de anclaje, la tabla de valores dominantes. Si no se incorporan y se mantienen a la vista, los dichos y los hechos de aquella edad que los documentos le notifican serán letra muerta, enigma o charada, como los son los actos y palabras de nuestro prójimo mientras no hemos penetrado más allá de ellos y hemos entrevisto a qué valores en su secreto fondo sirven”. *Estudios sobre el amor*. p. 80).

⁴⁵ Op. cit., VII p.167.

⁴⁶ *Estudios sobre el amor*, p. 108

⁴⁷ LOPEZ ARANGUREN, J.L., “La liberación de la mujer” en *Erotismo y liberación de la mujer*. Espugles de Llobregat. Ariel.

BIBLIOGRAFÍA

DURÁN, M. A., “Ortega como pretexto”. En DURAN, M.A., (ed.), (1996): *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*, CIS, pp. 207-231.

FAGOAGA, C. y SAAVEDRA, P., (1986): *Clara Campoamor. La sufragista española*, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, Madrid, pp. 108-109. (Intervención parlamentaria el 1 de octubre de 1931).

FOLGUERA, P., “Mujer y cambio social”. En GÓMEZ-FERRER, G., (ed.), (1995): *Las relaciones de género*, Marcial Pons, Madrid, pp. 155-171.

- GARAGORRI, P., (1970): *Introducción a Ortega*, Alianza, Madrid.
- GÓMEZ-FERRER, G., (ed.) (1995): *Las relaciones de género*, Marcial Pons, Madrid.
- GRAY, R., (1994): *José Ortega y Gasset, el imperativo de la modernidad. Una biografía humana e intelectual*, Espasa-Calpe, Madrid.
- LÓPEZ ARANGUREN, J.L., “La filosofía social de Ortega y Gasset” en *Ortega cien años después*, Málaga, U.N.E.D, 1987. “La mujer de 1923 a 1963” y “La liberación de la mujer”, en *Erotismo y liberación de la mujer*, Espugles de Llobregat, Ariel, Barcelona, 1973, pp.11-33 y pp. 87-151.
- MARCOS MARÍN, F., “También criolla: Victoria Ocampo”. *Insula*, 8/1992, pp. 547-548, Comentario al libro de VAZQUEZ, M.E., (1991): *Victoria Ocampo*, Planeta, Barcelona.
- ORTEGA Y GASSET, J., (1983): *Obras Completas*, Alianza, Madrid. (1991): *Cartas de un joven español (1891-1908)*, Edición de Soledad Ortega, Ediciones El Arquero, Madrid.
- OSBORNE, R., “Simmel y la cultura ‘femenina’ (las múltiples lecturas de unos viejos textos)”, *REIS*, 40/1987, pp. 97-111.
- OSÉS GORRAIZ, J.M., (1989): *La sociología en Ortega y Gasset*, Anthropos, Madrid. “La mujer: Ortega frente a Simone de Beauvoir”, *Anthropos, Suplementos*, 10, 1988, pp.127-135.
- PINO ARTACHO, J. del, (dr.), (1987): *Ortega cien años después*, U.N.E.D, Centro Asociado de Málaga, Imprenta Universidad de Málaga, Homenaje a José Ortega y Gasset en la ciudad en la que cursó su bachillerato.
- SAN MARTIN, R.,” En torno a Ortega y la gente. Ortega y la antropología cultural”, en *REIS*, 82 /1.998, pp.73-96.
- ZAMBRANO, M., (1989): *Delirio y destino* (los veinte años de una española), Mondadori, Madrid.